

LA CALUMNIA,

O SEA:

LA MADRE INCOGNITA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

POR F. A. Y G.

Representada por primera vez en el teatro de Barcelona, el día 17 de Julio de 1815.

ACTORES.

Alberto, <i>Marques de Erneville.</i>	}	Mauricio, <i>jóven de diez y siete años.</i>
Paulina, <i>su Esposa.</i>		Mr. D'Orgeval.
La Condesa de Rosmond.	}	El Caballero Celtas.
El Caballero San-Meran.		Le-Mere
Leocadia, <i>muchacha de trece años.</i>		La-France

Criados antiguos del Marques.

LA ESCENA ES FIJA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Representa el teatro un salon con cuatro puertas laterales, y una en el foro: buenas sillas, mesa con escribanía, libros sobre ella, y á la derecha una ventana, por la que pueda asomarse una persona.

LA-FRANCE Y EL CABALLERO SAN-MERAN.

Aquel con librea y este con botas y vestido de viage.

La-France. Seguidme, pero sin ruido; con estas malditas botas no

se puede hacer ninguna espedicion secreta.

Cab. Y bien, que nos oigan, ¿qué importa? Ya estoy enteramente determinado á hablar al Señor Marques.

La-France algo turbado. ¡Al Se-

ñor Marques! ¡Pues qué! ¿Intentaríais acaso descubrir?... Por Dios, Señor, ¿no sabéis que os he servido bien? no hagais que pierda mi reputacion, presentándome desleal y delincuente.

Cab. La-France, agradezco tus buenos servicios, y sabré recompensarlos como debo; solo exigo de ti silencio y discrecion, advirtiéndote que con esto harás un señalado servicio á tus amos y á mí.

La-Fr. No creo que podais quejaros de mi conducta, en todo el tiempo que merezco vuestra confianza.... Señor, mi corazon está oprimido; no soy capaz de desconfiar de vos; pero la reunion de mis queridos amos tarda tanto á verificarse... ¡Hay tanto tiempo que los veo padecer, sin que reciban el mas ligero alivio!...

Cab. Llegará, no lo dudes, llegará este deseado tiempo, en que la calumnia perderá su despótico imperio, y quedará ajada y abatida á los pies de la verdad. Yo no me separaré del castillo, sin que haya restablecido en él la felicidad de todos sus individuos. — ¿Quién es este que se adelanta?

La-Fr. Mauricio, el hijo mayor del Marques de Erneville. Este ha quedado siempre al lado de su padre, desde que por la cruel separacion, la Baronesa de Vordac se domicilió en Erneville y la Marquesa pasó á habitar con ella.

Cab. Introdúceme y disimula.

ESCENA II.

Dichos, y *Mauricio de una de las puertas de la izquierda.*

La-Fr. Señorito, este caballero estaba preguntando solícito por el señor Marques, y no he tenido reparo en introducirle hasta aquí.

Cab. ¿Sois hermano del señor Marques? (*Quitándose el sombrero, y disimulando.*)

Maur. Hijo suyo, para serviros.

Cab. ¡Hijo suyo! Abrazadme y reconoced en mí al Caballero San-Merán, que en este mismo instante acaba de llegar de Paris.

Maur. Celebro mucho conocer al mas apreciado amigo de mi padre; pero, ¡Ah Señor mio! ¡En qué fatal situacion lo encontrareis ahora!

Cab. ¡Pues qué! ¿No goza de perfecta salud?

Maur. Se halla oprimido de una terrible melancolía, que nos hace formar muy tristes congeturas. En vano Mr. D'Orgeval y el Caballero Celtas procuran distraerle por medio de mil diversiones; pero ya ni la música ni la caza tienen para él atractivo alguno: retirado en su aposento, desconfiando de todo el mundo, las lágrimas son su alimento, y la lectura su preferida distraccion.

Cap. Con bastante sentimiento supe desde la isla de Sto. Domingo, que vuestro padre habia llegado al horrible extremo de separarse de su querida Paulina; de aquella hermosa y apreciable muger, que

parecia haber sido formada para la felicidad de Erneville; pero conociendo el perfecto amor que la profesaba, no dudé que algun execrable delito habria dado causa á tan escandalosa publicidad.

Maur. ¡Ah San-Meran! Si vos conoceis á fondo, como presumo, el corazon de mi querida madre; ¿cómo podeis sospechar que haya albergado un solo instante ideas indignas del decoro de su esposo, y contrarias á las máximas del amor conyugal, que ha sido siempre su primera virtud? pero dejemos ahora este discurso que de nada aprovecharia. ¿Quereis descansar un rato? La-France, trae para el señor un vasito de vino: el calor es excesivo, y se hallará debilitado por la fatiga del viage.

Caballero á La-France. No, no os incomodeis: amigo mio, aprecio vuestra atencion. (*A Mauricio.*)

La-France ap. ¡Qué fino y disimulado! Cada dia voy entrando en nueva confusion.

(*Vase por la puerta del foro.*)

Cap. Creed: querido mio, que no perdonaré medio para restablecer en el corazon de D'Erneville aquella alegría y jovialidad, que le hacian amable en las mas brillantes sociedades.

Maur. Sino me engaño, él se adelanta, como acostumbra todas las mañanas, á tomar el aire de la montaña en este salon, el mas despejado del castillo. Bien su tristeza se conoce en su semblante. Disimulad. —

Cab. ¡Pobre amigo mio! ¡Cuanto le compadezco!

ESCENA III.

El Marques sale cabizbajo, con los brazos cruzados, ó como mejor parezca, y va á sentarse junto á la mesa; suspira, abre un libro que se encuentra allá, y le cierra inmediatamente. Durante la eccena muda, el Caballero se habrá retirado mas al fondo para contemplarlo.

Marques, levantando por fin los ojos.
¡Ah! ¡tú eres, Mauricio!

Mauricio, tomándole la mano con interes. Sí, padre mio, mandad.

Marq. ¿Han salido Celtas y D'Orgeval?

Maur. Dos horas hace que estan cazando por el monte.

Marq. ¡Cuánto me alegro!

Maur. ¡Qué! ¿Os disgusta acaso su compañía!

Marques con amargura. No me disgusta: no: todos me favorecen demasiado; pero su amistad no es verdadera.

Maur. ¡Ah Señor! Tal vez vuestra desconfianza carece de fundamento.

Marques con alguna fuerza. Tienes razon, merezco ser aborrecido de todo el mundo. (*Repara ahora en el Caballero y hace algunos pasos, como queriendo huir, diciendo á tiempo la exclamacion*) ¡Oh Dios! **Caballero corriendo á él.** Detente, la amistad te lo manda.

Marques echándose en sus brazos.
¡Ay amigo! (*un rato de silencio.*)

Cab. ¡Y qué! ¿Seré también para ti objeto de menosprecio? ¿Cuándo acabo de llegar de un viage de mas de tres dias, solo para tener el gusto de abrazarte, ¿tú me huyes? ¿te importuna mi presencia?

Marq. (con el mayor dolor.) Perdona.. compadéceme; soy desgraciado.. La fortuna me persigue por todas partes (Volviendo en sí) solo en esta ocasion me ha sido favorable, pues me ha conducido el amigo mas amado, de mi corazón. (Vuelve á abrazarle, y prosigue llorando.) Ya lo ves.. he tenido que separarme de ella.

Caball. (con nobleza.) ¿Y por qué presumes que una muger te ha engañado., debes ya imaginar que no existe la virtud sobre la tierra? ¿Por qué se apagaron en tí los afectos del amor, debes también extinguir los de la amistad? ¡Ah! no me lo esperaba de tí.

Marq. Repito que me perdones.. tu amistad no puede dejar de serme grata; pero un terrible recuerdo; una espantosa idea. (Cogiéndole la mano con la mayor espresion, y con una voz algo baja, que no pueda ser oida de Mauricio.) San Meran, soy el mas vil, el mas despreciable de los hombres.. horrorízate... por delincuente que sea la Marquesa de Erneville, no puede serlo tanto como yo... Fui un asesino, un seductor, un perverso.. ¿Y aun tengo la osadía de quejarme?... Va á sentarse abatido al lado de la mesa.

Mauricio, habiendo conocido que se

recatan de él, dice ap. Mi presencia tal vez será importuna. (Alto al Marques.) ¿Me permitis que vaya á dar las órdenes correspondientes para complacer á tan apreciado huésped? Este cuarto que da sobre el rio me parece el mas á propósito.. ¿Qué tal? Sí; voy á disponerlo. ¡El pobre La-France es tan viejo ya! Entre él y yo lo arreglaremos todo.. A Dios, padre mio. (Le besa la mano y parte corriendo por el foro.)

ESCENA IV.

Luego que el Marques no oye hablar á Mauricio, levanta la cabeza para ver si ha salido, mete el pañuelo en la faltriguera, toma una silla; la presenta á San Meran, y le dice.
Marq. Siéntate.

San Meran obedece, luego el Marques va á cerrar la puerta del foro, vuelve, toma otra silla, siéntase al lado de San Meran, le toma la mano y le dice con fuerza y prontitud.

Marq. ¿Nada has sabido de mi delito? Caballero, fingiéndose admirado. ¡Qué delito! Tú me sorprendes.

Marq. ¿Cuanto tiempo hace que has vuelto de tu viage?

Cab. Cuatro meses cumplidos.

Marq. ¡Cuatro meses! ¡Con qué tan oculto permanece! — ¿Y en Paris, ¿qué se dice de Paulina?

Cab. Hay quien la pinta con los mas negros colores: pero generalmente la creen inocente.

Marq. (*con mucha fuerza.*) ¡ Inocente.. Si así fuera , yo moriría de desesperacion.. ¿ Y á mí como me tratan ? (*Siempre con ansia.*)

Cap. De furioso y desconfiado los que defienden á Paulina ; pero de indulgente y compasivo los que la acusan.

Marq. ¿ Y tú qué dices ?

Cap. Yo la defiendo.

Mar. (*acercando la silla.*) ¿ Tú la defiendes?... ¿ Por qué motivo?... Dime lo que sabes , no me ocultes cosa alguna.

Cap. Yo... nada...

Marq. (*con voz terrible.*) Dime lo que sabes.. mira que estás en mi poder. (*Volviendo en sí.*) Perdona , yo deliro. (*Saca otra vez el pañuelo, y se enjuga las lágrimas.*) (*Prosigue con amor y dulzura.*)

¿ Sabes el motivo de nuestra separacion ?

Cap. Se cuenta con tanta variedad.

Marq. Sí... yo te conozco... eres mi amigo.. ¿ Tendrás valor para oírlo de mi boca ? ¿ me prometes callar ?

Cap. Me ofendes.

Marq. Pues te horrorizarás , estoy cierto que te horrorizarás. Escucha.. (*Despues de una pausa.*) Tú conocías la Marquesa de Erneville ; tu celebrabas su virtud , te enviabas mi felicidad : su prudencia y su talento eran singulares : parecia que la naturaleza no podia haber reunido con tanta hermosura , tanta gracia y sensibilidad. Una muger de esta clase , tan fina , tan delicada , no dudó atropellar las

leyes del honor , convirtiendo la pura felicidad de su esposo en la mas áspera melancolía. Ya sabes que para defender mis intereses , tuve que permanecer un año en París : durante mi ausencia las cartas de Paulina estaban llenas de sensibilidad y ternura ; pero tan falsas y alevos como su corazon. El Duque de Rosmond tan célebre por su elegante figura como por su libertinage , fué el objeto , por quien atropelló su reputacion y la mia. Este hombre temerario pasó dos meses en una cabaña del vecino bosque , para trazary combinar con Paulina una aventura , que pudiese introducirle en el castillo , franqueándole las ocasiones que con ansia solicitaban. En efecto , ella misma no tuvo reparo en escribirme que el Duque de Rosmond , pasando por estos alrededores , cayó desgraciadamente de su caballo ; y que habiendo pedido socorro , la humanidad la obligaba á franqueárselo... Ocho dias , ocho dias de la mas infame correspondencia decidieron de mi felicidad. Sí ; pronto la Marquesa no pudo encubrir el fruto de sus torpes demasías ; ya no gustaba de montar á caballo , y perdía insensiblemente la salud. Acércase por fin el momento terrible para ella , en que debia comparecer delincuente á la vista de los hombres ; entónces me escribe una carta , la mas amorosa que he recibido de su mano ; llora los males de la ausencia , me manifiesta deseos de ver á París ,

y concluye pidiéndome el permiso de venir á encontrarme. Yo ignorante de su pérvida intencion, se lo otorgo todo, le indico mi morada en el arrabal de San German, y me preparo con júbilo á recibirla... Ella..., sí, salió efectivamente, pero en vez de dirigirse á mi posada, se encamina á la fonda de la Estrella. Todo esto es cierto, todo está probado exactamente... Ansioso entónces de su destino, paso ocho dias entregado á la mas viva inquietud, hasta que enteramente determinado, monto á caballo, y me dirijo á Erneville... Aquí se despedaza mi corazon, al enterarse de tan funestas noticias: furioso, desesperado, determino aguardarla, para echarla en rostro su depravada conducta; pero juzga de mi sorpresa al verla venir al cabo de cinco dias con un recién nacido. Este espectáculo decorrió enteramente el velo á su iniquidad; y á su vista hubiera completado mi venganza... pero un cruel secreto, un infame delito de que era responsable yo mismo á la Marquesa, detuvieron el golpe, y me presentaron mi desgracia, como digno castigo de la barbarie, que yo habia cometido.

Cab. ap. ¡O Dios mio! ¡Puede verse mas calumniada la inocencia, y pueden las apariencias reunirse mas contra ella! (*Al Marques.*) Pero ¿Qué disculpa pudo dar entónces la Marquesa?

Marq. ¿Qué disculpa? La mas ridicula, la mas estravagante. Quiso

hacerme creer que ántes de entrar á Paris, un criado mio, (que efectivamente desapareció) la dijo que yo habia salido por ocho dias, que me esperase en la fonda de la Estrella; que allí una noche, sin saber como, se encontró dentro de un armario una niña, con un papel de su incógnita madre, suplicándola que cuidase de su existencia... En fin, puerilidades. Cada palabra suya era un agudo puñal, que traspasaba mi corazon, y en su semblante se veian pintadas la turbacion y el delito.. Dime ahora la verdad... ¿Soy desconfiado?... ¿Soy injusto? ¿La defiendes todavia? ¡Ah! tu amistad no puede ménos de hacerme justicia; pero lo repito: (*con el mayor sentimiento*) mi desgracia no es casual; el mismo cielo la ha dispuesto para aterrarme, para confundirme.. los remordimientos me destrozan el corazon, y acabarán con mi existencia... En Paris... En Paris, allí dejé de ser virtuoso.. allí me olvidé de mis deberes.. de la virtud.. de la religion.. no puedo mas... las lágrimas me ahogan las palabras... ¿Este retrato le conoces? (*Sacándole con prontitud.*)

Caballero disimulando. ¡Camila Dercy! ¡Qué es esto!

Marques con expresion. Ella está en el sepulcro, y yo la seguiré dentro de poco.

(*Se oye un tiro dentro el teatro.*)

Cab. ¡Ola! ¿Qué es esto?

Marq. D'Orgeval y el Caballero que

vendrán seguramente de la caza; siempre acostumbran descargar las escopetas, ántes de entrar en el castillo. A Dios, amigo mio, no quiero encontrarme con estos atolondrados: despues, despues nos verémos.

(Vase por la izquierda, despues de hacer abierto la puerta del foro.)

ESCENA V.

San-Meran solo.

Cab. ¡Cuánto compadezco su situación! pero, ¡Cuán delicado es al mismo tiempo el papel que represento! Yo puedo en un instante desvanecer las penas de estos infelices esposos, pero es preciso aprovechar la ocasion favorable.

ESCENA VI.

Salen por el foro D'Orgeval, y Celtas de cazadores, con escopeta y zurrón. La-France los sigue.

Celtas corriendo al Caballero. Ola, San-Meran amigo. ¡Cuanto siento que no hayais llegado un par de dias ántes! Sin duda os hubierais divertido en extremo. Por fin, pudimos conseguir matar el lobo rabioso, que habia atemorido todas estas campiñas. ¡Oh! Las diversiones del campo no son tan brillantes como las de Paris, pero son mas alegres, mas meritorias.. A propósito ¿Qué tal se trata á la incomparable Paulina? ¿No han

llegado, por fin, á convencerse de que su caridad y beneficencia eran una verdadera hipocresía? La-France, toma la escopeta y el zurrón: hoy se ha hecho muy mala caza, pero paciencia: no siempre se matan lobos rabiosos.

(Vase La-France por la izquierda.)

Cab. Me admira que trateis un mal á la señora Marquesa, estando en la casa de su marido.

Celtas riendo. ¡Con qué tambien sois su panegirista! ¡Bravo!—Querido D'Orgeval, *(con misterio)* si el Caballero supiese lo que nosotros, defenderia á la Marquesa, eh?

D'Org. Yo solo puedo decir que las mugeres no son capaces de cosa buena: una tengo por mi desgracia, y seré el hombre mas feliz el dia que el diablo se la lleve.

Celtas al Caballero. ¿Y la Leocadia? ¿Qué tal? ¿No la habeis visto todavía?

Cab. Solo hace media hora que he llegado á Erneville.

Celt. Supongo que sabreis que habita con la Marquesa, en casa de la Vordac. ¡O amigo! La Leocadia es cosa buena, un bocadito excelente, *(con toda malicia)* pero si vieseis que parecida al Duque de Rosmond... vaya es cosa particular. *(Riendo.)* Pero á bien que..

Caballero con enojo. ¡Insolente! Dejad este discurso, ó vive Dios...

Celt. ¡Insolente á mí! ¿Sabeis que me llamo Celtas, y que soy tan caballero como vos? Ola, ola, mucho empeño tomáis por la Marquesa. *(aparte á D'Orgeval)* D'Or-

geval , apuesto á que viene comisionado del Duque de Rosmond para alguna nueva tentativa.

D'Orgev. (*acercándose con mucha flemma.*) San-Meran , os advierto que aqui peligra mucho el que no dice mal de las mugeres, pues desde que la mas virtuosa se empeñó en adoptar una Leocadia, el Marques es su enemigo irreconciliable : con que si vos os empeñais en alabarlas, no saldreis con la vuestra , porque el Marques las maldice y nosotros renegamos de ellas.

Caball. (*Con mucha serenidad*) Yo solo he venido aqui para consolar á mi amigo , y estraño que permita en su alrededor sugetos de tan conocida malicia.

(*Vase por el foro.*)

Celtas riendo. ¡ Ah , ah , ah , malicia ! No es malo el terminillo ; pero D'Orgeval , ahora que me acuerdo , ¿ Sabes qué hemos sido verdaderamente insultados ?

D'Org. ¡ Insultados ! ¿ Por qué ? ¿ Porque nos ha llamado insolentes y maliciosos ? Ya , vendrá el tiempo , en que el mismo confesará la verdad.

Celt. ¿ La verdad ? ¿ Sobre qué ?

D'Org. Sobre que al mas aficionado á las mugeres , tarde ó temprano le toca tambien su desengaño.

Celt. ¿ Tan malas son ?

D'Org. Como la peste , que acaba con cuanto se le acerca.

(*Vase por la izquierda.*)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Celtas y D'Orgeval , con casaca y sombrero.

Celt. (*asomándose á la ventana.*)

Gran novedad amigo mio , ven y verás lo que te sorprenderá.

D'Org. (*asomándose tambien.*) ¡ Qué ! ¿ Qué hay de nuevo ?

Celt. Mira quien ha salido ahora del coche y quien se adelanta al castillo.

D'Org. Que veo ¿ No es Paulina ?

Celt. La misma. ¿ Qué tal , eh ? ¿ Sí San-Meran querrá ser su reconciliador ? El demuestra mucho afecto á Paulina... yo he pensado.. ¿ Quién sabe ? Su viage... pero , qué ! No señor , la semejanza de Leocadia con el Duque de Rosmond lo desvanece todo.

D'Org. ¿ Y ahora qué papel desempeñaremos delante de Paulina ? San-Meran la habrá prevenido contra nosotros. En cuanto á mí , lo siento, porque siendo su pariente...

Celt. ¿ Y presumes acaso que el Marques querrá escucharla ? Yo apuesto á que se vuelvè , sin haber logrado su designio... Bueno fuera que cuatro lágrimas fingidas le moviesen á compasion.

D'Org. Dices bien , bastante motivo tiene para despreciar todo artificio mugeril ; pero aqui llegan , yo me escurro, por lo que puede suceder.

(*Vase por la izquierda.*)

Celt. Espera D'Orgeval , espera.

(*Vase tras él.*)

ESCENA II.

Salen por el foro, San-Meran de militar, Paulina, Mauricio y Leocadia.

Maur. ¡ Ah madre mia ! ¡ Qué satisfacción experimento al veros aquí !

Paul. Y yo, hijo mio, y yo. pero conviene ahora que nos dejéis solos con el Caballero.

Cab. Este es mi aposento. (*Señalándoles el segundo de la derecha.*) Entrad en él con Leocadia, y esperad allí nuestras órdenes. (*Mauricio y Leocadia entran.*)

Cab. ¿ Qué tal, querida Marquesita, no hemos llegado bien pronto?... pero ¡ Qué es esto ! ¿ Vos llorais ?

Paul. La presencia de estos amados objetos, que me recuerdan los deliciosos dias, en que merecia la confianza y el amor de mi esposo, no puede ménos de afligir mi corazon: trece años hace que la calumnia se desplomó sobre mí, y otros tantos que la tristeza se apoderó de mi alma. Separada del hombre que mas amo en el mundo, aborrecida, reputada por infiel, no tengo mas recurso que la soledad y el llanto. Aquí, en este mismo salon, me condujeron herido y ensangrentado á ese Duque de Rosmond, primer origen de todas mis desventuras. ¡ Ah ! Si en aquel fatal instante hubiese desconocido la compasion y la humanidad, si mi corazon no hubiese sido tan sensible; yo disfrutaria todavía del aprecio universal. Le dí acogida, procuré que se le tratá-

ra conforme á su clase: y este acto tan justo é inccente bastó para que se dudara de mi honor, que siempre (sí, lo juro delante del cielo y de los hombres) se ha conservado ileso y sin mancha.

Cab. D. jémonos ahora de tristes memorias, y procurémos solamente buscar medios los mas seguros, que puedan contribuir á vuestra dicha. Yo os he acompañado aquí, con la esperanza de que podreis hablar á vuestro esposo, para consultarle un enlace, que por sí solo puede desvanecer sus sospechas.

Paul. ¡ Ah San-Meran ! Vos acabais de proponerme una idea, que muchas veces he querido poner en egecucion; pero la dificultad de presentarme al Marques; la corta edad de los muchachos...

Cab. ¿ Qué edad tiene Mauricio ?

Paul. Diez y siete años cumplidos.

Cab. ¿ Y Leocadia ?

Paul. Cerca de los trece.

Cab. ¿ Y bien qué importa ? Si el Marques nos da su consentimiento, se efectua el matrimonio, se embia despues á Mauricio á viajar dos ó tres años, y entretanto vuestra opinion queda restablecida. La calumnia publica que Leocadia es hija vuestra, nadie ignora que sois madre de Mauricio, ¿ Quién será capaz de creer que autorizéis la union de dos hermanos ? — Entrad tambien en mi aposento, que yo me encargo de que vuestro esposo os oiga.

Paul. ¡ Ah San-Meran ! Cuanto tengo que agradeceros !

(*Entra Paulina en el aposento : San Meran la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA III.

El Caballero solo.

Cab. Le hablará, sí, le hablará: Poco hace me ha dicho en el ardor de su entusiasmo. » Si ella fuese inocente, yo moriría de desesperación » Luego no está bien convencido de su delito. Que le hable; que escuche la proposición de la misma boca de su esposa; y si lo rehusa, si se obstina en no escucharla, yo me encargaré de la comision ¡y feliz mil veces, si restablezco la paz en el seno de esta familia! *La-France.*

ESCENA IV.

Dicho y La-France.

La-Fr. ¿ Señor, habeis llamado?
Cab. Sí, *La-France*; ¿ dónde se halla ahora tu amo?
La-Fr. Retirado, como suele, en su aposento.
Cab. Ve y dile de mi parte que me interesa mucho hablarle ahora mismo.
 (*La-France da algunos pasos.*)
 Aguarda — ¿ Celtas y D'Orgcval estan en el castillo?
La-Fr. Luego que habeis entrado con la señora Marquesa por la puerta principal, ellos han salido por la del jardin.

Cab. Tanto mejor; egecuta lo mandado.

(*Vase La France por la izquierda con bastante pausa.*)

Escribamos entre tanto, para cumplir mis encargos con toda exactitud.

(*Acércase á la mesa, y va él mismo dictando y escribiendo.*)

» Creo que esta noche podreis
 » satisfacer vuestros deseos... ha-
 » llaos á las diez en punto á
 » la entrada del bosquecillo, que
 » yo ó *La-France* os introduci-
 rémos aquí.

ESCENA V.

(*Vuelve La-France; y el Caballero cierra la carta.*)

Cab. Y bien ¿ Qué te ha dicho?

La-Fr. Que viene al instante.

Caballero con misterio. Toma ahora este papel y cuida que llegue á su destino. ¿ entiendes?

La-Fr. Ya, ya; no faltará á la comision. (*Marcha por el foro.*)

Cab. Este buen hombre me sirve con tanto zelo y eficacia.... pero el Marques.

ESCENA VI.

Dicho y el Marques.

(*Saldrá algo mas alentado, pero siempre triste y discursivo.*)

Marq. Querido amigo, vengo á ponerme á tus órdenes. *La-France*

me ha dicho que me buscabas.

Cab. En efecto; solo quiero saber de tí si aquella amistad, de que me has dado tantas pruebas, podrá en ningún tiempo disolverse. Una persona que merece mi estimacion, tiene que confiarte un asunto de importancia; solo exijo de tí que la escuches sin preocuparte, y que reflexiones lo que te proponga.

Marq. Ya sabes que nunca he sabido negarte cosa alguna. Yo te prometo favorecer á este sugeto, en cuanto esté de mi parte, como no me hable de Paulina, ni del Duque de Rosmond.

Cab. ¿De Paulina? ¡Pues qué! ¿Tanto la aborreces?

Marques (consternado.) No, no la aborrezco; te juro que no la aborrezco, pero su delito....

Cab. ¿Qué delito? Si tú ó ella habeis cometido alguno, bastante ha quedado espiado por el arrepentimiento. En fin, tú has de prometerme escucharle, aun cuando te hable de Paulina.

Marques (con mucho enojo.) ¿Y quien es el temerario, que con tanto ahinco quiere llenar mi pecho de nuevas inquietudes? Mi melancolía me ha conducido á la orilla del sepulcro, y todavía quieren aumentarla? ¿Quieren que aborrezca los mismos lazos de la amistad? Dime quien es, y me aparto de él, y quizá de tí para siempre.

Caballero (resentido.) ¿Y de mí? ¿Tú quieres apartarte de mí? Vete, ve-

te, pues, ¡hombre débil y preocupado! Cuando me desvelo por tu felicidad, cuando procuro terminar tus males; ¿tú me insultas, y aborreces mi presencia? (*Resuelto*) Marques, mañana por la mañana me vuelvo á Paris: perdona el breve instante que he venido á incomodarte, y sabe que San-Meran ya murió para tí. (*Da algunos pasos.*)

(*Marques corriendo á él con voz ahogada*) Aguarda, querido amigo, aguarda.. compadece mi situacion.. Yo no sé lo que quiero, ni en donde me hallo.. Conozco mi delirio... ¿Qué es lo que pretendes?... habla.

Caballero. (Con firmeza.) ¿Qué es lo que pretendo?.. Un sacrificio costoso para tí, pero un sacrificio que te pide la amistad, y que debes á tu propio honor. Sí, ya debo decirte la verdad. El sugeto que desea hablarte, y por quien tanto me intereso, es....

Marques. (Con ansia.) ¿Quien?

Cab. Tu misma esposa Paulina.

Marq. ¡Oh Dios! ¿Qué es lo que dices?

Cab. Yo se lo he prometido: ó permite que te hable, ó declare abiertamente mi enemigo.

Marq. ¡Ah San Meran! ¿Conoces lo que me has pedido? ¿Cómo tendré yo valor de escuchar sus quejas? Cómo le dirigire las mias?... No; es imposible. Siete años hace que su respetable Madre quiso hacer la misma tentativa, pero cuando la dulzura de

su voz, cuando la fuerza de sus expresiones, inclinaban mi pecho á perdonarla, la imagen del Duque de Rosmond se presentaba á mi memoria, y solo veía en ella una muger indigna de estar á mi lado. Por otra parte la dificultad de venir ocultamente á mi castillo....

Cab. Esta dificultad queda vencida: la Marquesa se halla aquí, y está aguardando tus órdenes.

Marq. ¡La Marquesa aquí! ¡Oh Dios!... San Meran: tú no me aprecias, pues me preparas un golpe, que seguramente no podré resistir; pero en fin, ¿tú me lo ruegas?

Cab. Sí, amigo, con toda el alma.

Marq. Venga pues, yo consagraré á tu amistad estas amargas lágrimas, que me arranca su memoria, y que aumentará su presencia, pero no me obligues con otra sorpresa á que desprecie á los hombres, abandonando para siempre su importuna compañía.

(Va á sentarse penetrado del mas profundo dolor: San-Meran se dirige al aposento y sale, dando la mano á Paulina, á quien dice.)

Salid; aquí está; valeos de toda la razon que os acompaña, para hacerle consentir; y acordaos que en esto consiste vuestra felicidad.

(Entra en el gabinete.)

ESCENA VII.

(Un rato de silencio.)

Paulina, y el Marques.

Paulina acercándose pausadamente
¡Oh Dios!... ¡Qué frio sudor se apodera de mí! Cuasi no puedo dar un paso adelante ni atras.

(Marques, levantando la cabeza, dice con voz ahogada y con toda la fuerza del sentimiento.) Paulina... ¿eres tú?

Paul. *(Cobrando aliento.)* Sí, yo soy la que postrada á tus plantas, te suplica que te dignes escucharme siquiera por la última vez.

Marq. Levanta, desgraciada muger, no debes humillarte tanto en mi presencia. *(Algo mas sereno.)* ¿Yo he prometido escucharte; ¿qué me quieres?

El Marques tendrá siempre los ojos fijos en el suelo.

Paul. Que confieses mi inocencia aprobando un proyecto, que va á sacarte de tu error.

Marq. Paulina... por Dios, no suscites memorias funestas, que solo conseguirán hacer mas amarga nuestra separacion.

Paul. *(Con nobleza.)* ¿Con qué persistes aun en tu opinion? ¿No quieres abandonar tus injustas sospechas? ¿Sospeché yo acaso de tí, cuando en lugar de volver al cabo de seis semanas, pasaste un año en París? ¿Y cuándo se aseguraba que los asuntos,

de que estabas encargado, podían terminarse en quince días, hice caso de las apariencias?... ¡Las apariencias! ¡Pues qué! ¿Mi carácter, mis sentimientos, mi vida entera no merecen atención alguna?... Tú eres Magistrado, respóndeme. ¿Te atreverías á condenar sobre las mas fuertes apariencias al mas infimo de los hombres? No seguramente. Y con todo ¿condenas á tu esposa, á tu amiga, á tu hermana? Mas severo mil veces que la misma ley, has estendido mi sentencia, sin oír siquiera mis disculpas.

Marq. Paulina, ... no profundicemos mas este asunto... dime á lo que vienes, y concluyamos. Estoy bien cierto, ¡Y ojalá qué no lo estuviera tanto! que una alma nacida para la virtud puede desviarse: este es un hecho que merece la pública compasion. (Con rigidez.) Pero encubrir un delito con el velo de la beneficencia....

Paul. ¡Y qué! ¿Tú me crees capaz de tal bajeza? ¡Yo!... ¡Yo esconder un crimen bajo el aparato de la virtud! ¡Yo presentar á un esposo el fruto de un adulterio, proponerle su adopcion, y haber tramado y combinado durante un año este tejido de perfidias y de imposturas!.. ¡Ay Alberto! Renunciando á la equidad, haciéndote ingrato, tú lo has perdido todo, todo, hasta las luces de tu espíritu. ¿Imaginas que si yo hu-

biese cometido todos estos horrores, tendria la debilidad de esperar el pardon?

Marq. Si tanto te ha interesado el justificarte. Si es verdad que tanto aprecias tu opinion y la mia ¿Cómo siempre has rehusado entregarme tu Leocadia? Yo la hubiera abandonado enteramente, para que el mundo conociese que deshaciéndote de ella, no podia interesarte su buena ó mala suerte.

Paul. Si tu designio es el de completar mi dolor y arrebatarme todo mi consuelo, nada tengo que decirte, te obedeceré; pero si me pides este sacrificio, para restaurar mi opinion, dignate considerar que es absolutamente inútil; la publicidad está hecha, y el quererme separar de Leocadia, no haria mas que confirmar la calumnia. (Va tomando el lenguaje de la sensibilidad y de la ternura.) ¡O Alberto!... ¡O tú, que hacias toda mi gloria! ¿Cómo puedes sospecharme, sin envilecerte? Yo adoptaba todas tus opiniones, mis gustos eran los tuyos, destruida esta amable simpatía, solo encuentro en mí una espantosa nulidad. ¿Qué sentimiento podrá igualar el que tenia destinado para tí? ¡Seguridad querida! ¡Sublime y deliciosa confianza! ¡Dulce encanto de la santa amistad! ¿Con qué os habré perdido para siempre? ¿Es posible Alberto?... Ya no podré abrirte mas mi cora-

zon ? ya no leerás mas en él ?
(Llorando.) El cielo es justo; tú conocerás algun día tu error; pero ¿ Qué triunfo será este para quien funda su felicidad en admirarte , y todo su orgullo en creerte incapaz de una injusticia ? Esto es hecho : tú acabaste de ser feliz , y yo perdí toda esperanza de consuelo.

Marq. Basta , Paulina , basta ; mi pecho sufre la mas violenta opresion... no puedo mas : A Dios... á Dios. *(Levántase.)*

Paul. *(Levantándose tambien y deteniéndole.)* No ; quédate ; tú debes escucharme , pues que lo has prometido... Yo no he venido aquí , para tener el gusto de interesar tu corazon á favor mio ; sino , como te he dicho , á proponerte una idea que no puede dejar de serte interesante. Alberto , dime la verdad : ¿ me crees capaz de cometer un atentado ?

Marq. No Paulina ; conozco que el arrepentimiento está muy fijo en tu corazon.

Paul. Aunque á mi dolor no le corresponde este título ; con todo , escucha : la providencia me concede , en fin , un medio seguro de justificarme : no aprovecharme de él , seria una locura culpable é incomprehensible. Leocadia tiene cerca de trece años ; todo el mundo conoce su mérito y hermosura ; yo te la ofrezco para Mauricio.

Marq. ¿ Para Mauricio ! ¿ Es esto

un sueño ? *(Mirándola con enojo.)*
 ¿ Paulina....

Paul. *(Decidida.)* No ; no te admires ; si alguna cosa podia disminuir mi afecto , seria conocerte un modo de pensar diferente del mio en esta ocasion.

Marq. *(Aparentando dulzura.)* Paulina... en efecto : este enlace confundiria la malicia... confieso que lo presenciaria con gusto... pero seguramente no se afectuará... ya conozco que tú harás todos los esfuerzos posibles.. pero cuando todo esté conforme á vuestros deseos... una inesperada dificultad vendrá á desvanecer nuestra esperanza... y en tal caso. *(Con toda severidad.)* Si ; yo te lo pregunto á tí mismo ¿ Qué podria imaginar ? ¿ No adquiriria el derecho de creerme indignamente burlado , sin ninguna necesidad ?

Paul. ¡ Infeliz ! Ahora si que conozco que tu corazon me está cerrado para siempre. Esta terrible desconfianza me irrita y me confunde ; pero en fin , ¿ me concedes adelantar el asunto ?

Marq. Si , haz todo lo que quieras sobre este particular. Si consigues verificar este enlace , cuenta que te creeré con toda el alma inocente , pero si llega , como creo , algun obstáculo imprevisto , *(Con toda la seriedad posible)* yo te acreditaré que no quiero ser objeto de la risa universal. A Dios.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA II.

Paul. Espera, espera, Alberto; yo te prometo.... ¡O Dios! ¡Qué aprobacion tan amarga y peligrosa! No hay remedio, es preciso apresurarlo: hablaré á Mauricio, hablaré á Leocadia, les interesaré á favor de mi inocencia, y volveré á disfrutar de la dicha que perdí.

ESCENA VIII.

(Sale San-Meran de su aposento.)

Paulina continua. San-Meran, seguidme; el tiempo es precioso, no perdamos un instante.

(Vase por el foro.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

El teatro está muy oscuro.

El Caballero solo.

Cab. Ya parece que todo queda sepultado en un profundo sueño. La quietud de la noche y la confianza de la La-France, van á facilitarte. (¡O desventurada madre!) ver al fruto de tu momentaneo error: solo el Marques ha quedado leyendo en el cuarto de la biblioteca, y debe pasar precisamente por aquí; pero si no me engaño, alguno se acerca ya... ¿Es La-France?

Dicho y La-France que sale, dando la mano á la Condesa de Rosmond.

La-Fr. Sí, yo soy. Seguidme, señora mia, y nada temais.

Cond. Me pongo enteramente en vuestras manos.

La-Fr. Caballero, ciudad de ella, que yo me vuelvo por lo que puede suceder.

(Vase por el foro.)

Cond. ¿Con qué, podré conseguir mi deseo? ¿Podré contemplar á toda mi satisfaccion al amable objeto de mi eterno vilipendio?

Cab. Por mi consejo se determinó que Leocadia durmiese con Jacinta en este aposento: (Señalando el primero de la derecha) aprovechad estos preciosos instantes.. la puerta está entreabierta.. Jacinta ha dejado, por precaucion, encendida la luz. — Entrad, Señora, y libraos, sin temor, á todo el afecto maternal.

Cond. (Con trasporte.) ¡O corazon de Madre! ¡Verdadero portento de la naturaleza! A tí te consagro las dulces sensaciones que voy á experimentar. ¡O suspirado instante! jamas, jamas te borrarás de mi memoria.

Cab. Yo cuidaré de avisaros, si acaso os amenaza algun peligro.

(Entra la Condesa en el cuarto)

ESCENA III.

(Sale La-France precipitado.)

La-Fr. Señor, pronto retiraos; el

Marques ha dejado la lectura, y parece que se dirige ácia aquí; no demos lugar á que nos halle á oscuras en el salon.

Cab. Entra conmigo en mi aposento, y no temas.

(Vase en el segundo aposento de la derecha.)

ESCENA IV.

(El Marques con luz por la puerta del foro; — el teatro por esto no se aclara.)

Marq. *(Despues de un rato de silencio. (En estas horas de quietud y silencio, en que la naturaleza toda parece estar sumergida en el caos de la nada, es cuando el gusano roedor de conciencia introduce su terrible aguijon, haciendo llegar al alma su pestifero veneno. El misero jornalero que con el sudor de su rostro, riega el negro pan, que ofrece á sus hambrientos hijos; el feliz medigante, que confia en la compasion de sus hermanos, para existir el dia siguiente; y hasta el esclavo, que la barbárie de los hombres ha igualado á las fieras; todos en estas horas descansan con tranquilidad: el sueño, hermano de la muerte, se estiende desde la cueva del solitario, hasta el trono del Emperador... pero yo... ¡Infeliz! Condenado al eterno recuerdo de mi estravio, si alguna vez cierro los ojos, pagando el tributo á la naturaleza, mil espantosas imágenes, vienen á tropel á perturbar mi sosie-*

go... Camila! Paulina! — Todo me confunde, todo me llena de sobresalto... ¡Oh sepulcro! ¡Losa fria!.. Eeliz término de los males de los hombres!.. el mundo te aborrece... pero el delincuente arrepentido te desea con toda el alma.

Leocadia de dentro de su aposento.
¡O Dios!.. ¿Quién sois vos?
Apartaos.

Condesa de dentro. No temas; soy quien desea tu mayor felicidad.

Marques confuso. ¡Cielos! ¡Qué es esto!.. ¡Qué confusos acentos han llegado á mis oidos!.. Yo no sé lo que me pasa... La voz del remordimiento imitando, sin duda, la de Camila, viene á penetrar en el fondo de mi corazon... pero, no; no esto una apariencia... *(Sumamente conmovido.)* Yo oí distintamente hablar en el cuarto de Leocadia.. lo veré, lo escudriñaré todo.. No hay remedio: yo quiero ver quien se atreve á penetrar, sin mi permiso hasta el interior del castillo.

ESCENA V.

(Toma la luz, y cuando va á introducirse en el cuarto de Leocadia, sale repentinamente la Condesa, y dice con imperio.)

Detente, ¿dónde vas?

(Marques con un grato espantoso.)
¡Oh Dios! *(Deja caer la luz, y el mismo cae desmayado en tierra. (Un rato de silencio.)*

Cond. He aquí el hombre que mi

corazon habia elegido... he aqui el tirano de mi honor... el seductor de mi inocencia... El cielo te ha castigado como merecias : pueda de aquí en adelante perdonarte , como yo deseo. (Llamando.) Caballero, Caballero..

ESCENA VI.

Dichos y el Caballero y La-France con luz.

Cab. Señora , ¿ qué novedad es esta ?

Cond. Socorred á D'Erneville.. una imprevista casualidad lo ha descubierto todo... os aguardo á la entrada del bosquecillo.

(*Entra por la puerta del foro.*)

Cab. Amigo Alberto... } Corriendo

La-Fr. Querido amo... } á él.

Cab. Acerca la luz... apenas respira.. ayúdame á colocarle en el sofá , y llama á alguno en su socorro.

(*Lo egecutan, y luego parte La-France por la izquierda.*)

Ya parece que va cobrando aliento... Querido D'Erneville...

Marq. (*Como fuera de sí.*) ¿ Dónde estoy ?... ¡ cielo ! ¿ dónde me esconderé ?...

Cob. ; Por qué !... ¡ Cómo !...

Marq. Sí ; yo la he visto, yo la he visto... ella ha salido del sepulcro, para llenarme de maldiciones.

Cab. (*Disimulando.*) ¿ Pero quién ?

Marq. (*Siempre del mismo modo.*)

Camila... la desventurada Camila..

(*Cojiéndole con espresion la mano.*)

No lo dudes ; yo la he visto, yo la he oido hablar... pero si vive..

¿ Qué interesante motivo la conduce aquí ?... ¿ Quién la ha in-

17
troducido en el cuarto de Leocadia ? (*Levántase.*) Pronto Caballero , ella debe estar precisamente en el castillo... acompaña-me... escudriñémoslo todo... salgamos de esta terrible duda, que agita mi alma, y trastorna mi razon.

Cab. (*Con mucha seriedad.*) ¡ Basta, infeliz amigo ! Sosiégate ; ya ha llegado el terrible instante de las verdades ; pero tu corazon no se halla ahora en estado de recibir nuevos golpes... fingí ignorar tu delito.. Todo lo sé. Mañana, cuando tu espíritu esté mas sosegado ; se rasgará el velo fatal , que cubre tus ojos : verás que la muger , que se ha presentado á tu vista , es la misma que sedujiste en Paris , pero no aquella Camila Dercy , que viste enterrar en la iglesia de San Dionisio. Todo es un arcano, que prometo revelarte, si tú me prometes oirlo con serenidad. Vete á descansar , y cuenta por acabadas todas tus desgracias.

Marq. ¡ Ah ojalá !

ESCENA V.

Dichos, Celtas, D'Orgeval, con bata, y La-France, todos con luz.

Celt. (*Aparte.*) ¡ Toma ! ; Buen desmayo ! Si La France ha querido divertirse con nosotros !

D'Org. Querido Marques... ya ves con cuanta prontitud hemos acudido... ¿ Qué es esto ? ¿ Te ha sucedido alguna novedad ?

Cab. Señores, no ha sido nada. Nuestro amigo, encaminándose á su ape-

sento, ha tropezado, y creía haberse dañado mucho. El buen La-France, movido de su zelo, os habrá dado la molestia de acudir á su socorro; pero, gracias al cielo, no se necesita.

Celt. ¿Pero á qué viene tanta inquietud? Caballero, aqui hay al gun misterio, que nos quereis ocultar: confiádnoslo, y entended que tambien somos capaces de guardar secreto.

D'Org. Oh, eso si; basta que esta cualidad sea desconocida de las mugeres, para apreciarla con toda el alma. — Decid, decid, ¿Qué hay de nuevo?

Celt. Vaya, apuesto á que es alguna intriga de Paulina; miéntras que ha vivido distante del castillo, siempre ha reinado en él la paz y tranquilidad: hoy que ha venido á habitar en él (*riendo*) con su famosa hija adoptiva; ya el Marques tropieza, y nosotros nos vemos incomodados sin necesidad.

Marb. (*Levantándose con seriedad.*)

Basta. El que se atreva á decir mal de Paulina en mi presencia, no es mi amigo, ni puede merecer mi estimacion. Sígueme, Caballero. (*Vase por la izquierda.*)

Cab. (*Afectando seriedad.*) La mordacidad y la envidia pueden subsistir algun tiempo; pero cuando su imperio se acaba, sus secuaces perecen con ella.

(*Vase por la izquierda.*)

La. Fr. (*Afectando seriedad.*) Caballeros, cuidado con meterse con Paulina: de lo contrario, aquí es-

toy yo. A Dios, señores.

(*Vase por el foro.*)

Celtas á D'Org. ¡Vaya, que hemos quedando lucidos!

D'Org. ¡Y hasta el bribon del criado se ha divertido con nosotros! mañana por la mañana tomo mi caballo, y me alejo de Erneville para siempre.

Celt. Lo mismo haré yo, ridiculizando por todo el mundo esta aventura. A la una y media de la noche. ¡Despues de tantos años de separacion, tropezar un marido, y defender á la que habia llenado tantas veces de injurias!.. Amigo, la cuenta es clara... El rígido Marques.. (*riendo.*) ¡Bueno! Cumplamos nuestro gusto, como dice el otro, y diga despues el mundo lo que quisiere. (*riendo.*)

D'Org. Esto es un verdadero agravio á nuestro sexo: es autorizar que las mugeres se diviertan con nuestra opinion. No señor, si han delinquido, que mueran: así queda el hombre tranquilo en su honor, y libre de incomodidades.

Celt. ¿Y ahora, qué hemos de hacer?

D'Org. Retirarnos y no responder, aunque nos caiga la casa encima. ¡Ah mugeres! Si yo fuera vuestro juez, la pena de muerte seria mi sentencia favorita.

(*Vase por la izquierda.*)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Marques solo.

Marq. Por fin estoy desembarazado

de Celtas y D'Orgeval: su presencia empezaba á incomodarme : pero el secreto, que prometió declararme mi amigo, me tiene en una continua agitacion. — Las siete. — (*Sacando el reloj.*) Dentro media hora voy á salir de este misterio, de que pende el destino de mi vida... ¡ media hora ! no , yo no puedo aguardarla. (*Llamando.*) La-France.

ESCENA II.

Dicho, y La-France.

La-Fr. Señor.

Marq. Dí á la Marquesa de mi parte que permita venir á Leocadia sola , por un instante.

La-Fr. (*Partiendo.*) ¡ Cuán pensativo está ! No es el caso para ménos. (*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

Marq. Puede que esté ya prevenida; pero la inocencia no está acostumbrada al disimulo : y será muy fácil averiguar la verdad.

ESCENA III.

Dicho y Leocadia, que se presenta algo temerosa.

Marq. (*Observándola*) ¡ Cuánto ha crecido en pocos dias ! (*Con dulzura.*) Venid adelante , querida Leocadia , no temais. Sin duda os habran pintado el Marques de Erneville, como un hombre taciturno y feroz ; pero sabed que nadie hay en el mundo que mas os compadezca , y desee mas vivamente vuestra felicidad.

Leoc. (*Corriendo á besarle la mano.*)

Señor : vuestra bondad se me habia ya pintado como incomparable y divina pero la presente acogida la hace mas recomendable á mis ojos.

Marq. Por vuestra modestia y discrecion , conozco que las discípulas de Paulina no pueden dejar de ser corteses é interesantes.

Leoc. (*Con prontitud.*) ¡ Oh ! eso sí ? ¡ mi mamá es tan buena !.. tan cariñosa !.. ¡ me quiere tanto ! Parece imposible que se vea despreciada de su querido esposo.

Marq. ¡ Vuestra mamá !.. ¿ Cómo la tratáis así ? perdonad que os diga que sois injusta señorita. Este precioso título solo debeis franquearlo á aquella, que aprovechando el silencio de la noche , os hace disfrutar de las maternales caricias.. ¡ Qué ! ¿ Os turbais señorita ? Mirad que no puedo engañarme. Sé que lo habeis confiado todo á Paulina y al Caballero San-Meran; no creo que merezca ser excluido de igual confianza.

Leoc. (*Con sencillez.*) Oh eso no; tambien os lo diré todo, todo, con tal que me prometais no tratar con tanto rigor á mi pobre mamá... ¡ Pobrecita ! Si vieseis como lloracada vez que se trata de su querido Alberto.... ¡ Oh ! os aprecia mucho , mucho. .

Marq. Basta , haré por ella cuanto pueda , sin ofender el decoro.

Leoc. Pues escuchad : no estaba todavia bien rendida al sueño , cuando repentinamente observo que me aprietan con fervor la mano. Un beso se imprime sobre mis mej-

llas, y siento caer sobre mi desnudo pecho algunas lágrimas. Abro los ojos, y viendo á una persona desconocida, esclamo. „¡Oh Dios! ¿Quién sois vos? Apartaos” Tranquilízate, me responde: soy quien desea tu mayor felicidad.” Se acerca y observo la hermosura mas perfecta que he visto en mi vida; yo no me saciaba de mirarla: me abraza de nuevo, y parte corriendo, dejándome en el dedo este anillo. Miradle. (*Se lo dá.*)

Marq. Observándolo con sobresalto. Parece de oro esmaltado de verde. „Amor maternal” dice; y en lo interior están escritos dos nombres que no parecen formar mas que uno. „Paulina y Camila.”

Leoc. De esta suerte mi incógnita madre ha reunido dos sentimientos que yo no puedo separar, y que llenan mi corazón, sin dividirle. ¡Tan iguales son!

Mar. (Devolviendo el anillo confuso, dice aparte.) „Paulina y Camila.” Todo esto es maravilloso, todo está fuera de la humana comprensión. (*Alto.*) ¿Y conoceriais vos á esta interesante persona, si se os presentase su retrato?

Leoc. La tengo tan impresa en la memoria que me atreveré á decirlos que sí.

Marq. (Sacando el retrato.) ¿Es esta?

Leoc. (Con transporte.) En efecto ella es; sus ojos, su fisonomía, todo es lo mismo.

ESCENA IV.

Mientras Leocadia da muchos besos

al retrato, sale el Caballero precipitado, se le quita, le entrega al Marques, y dice con serenidad.

Cab. Toma Alberto.— Estoy pronto á cumplirte mi palabra. Sentaos, y esperad.

(*Siéntanse el Marques y Leocadia.*)

Marq. (Aparte.) ¡Cielos! mi corazón late, y no comprendo el motivo.

Cab. (Encaminándose á la primera puerta de la izquierda.) Salid, hermosa y desgraciada muger, salid á recibir el premio, que merece vuestra constancia; y preparaos al triunfo mas brillante y completo.

Marq. (Aparte.) ¡Paulina! Yo no sé lo que me pasa.

ESCENA V.

Dichos y Paulina, que se presenta con aire abatido.

Cab. Ya está aquí la inocente perseguida; blanco de la calumnia y objeto de la compasión universal.

Marq. (Con prontitud.) ¿Qué dices? habla....

Cab. Sosiégate, y hazle todos los cargos, que puedan imaginar tus infundados zelos; pero no: comprendo que esto seria muy duro para tí. Yo me constituyo en este instante su fiscal y su abogado. (Todos se habrán sentado.) Primeramente, tú la acusas de haber combinado con el Duque de Rosmond una aventura, que pudiese introducirle en el castillo durante tu ausencia, y franquearles las ocasiones que supones solicitaban. Paulina te responde á esto por mi me-

dio, manifestándote una carta, que una persona respetable acaba de poner en mis manos; léela y desengáñate.

Marg. lee "Al Marques de Poliñi.

" Bosque de Erneville 24 de Diciembre: Amigo mio, nada he podido conseguir; me introduje en el castillo por el medio que te insinuaba en mi anterior, pero Paulina, muger virtuosa y respetable no es susceptible á la seducción. En su pecho solo estan gravados la piedad y el amor de su esposo; me ha tratado con todos los respetos que se deben á mi elevada clase; pero así como la luz disipa las tinieblas, como la verdad desvanece el error, su virtud sublime purifica todo lo que la rodea. Léjos de confiar en su conquista, me separo de ella, avergonzándome de mis infames proyectos. A Dios amigo mio, volaré á tus brazos, para disipar mi melancolía."

"El Duque de Rosmond."

Pero esta prueba. . . .

Cab. Calla, tú la acusas de que habiéndote escrito la mas amorosa carta que recibiste de su mano, manifestándote deseos de ver á Paris, y habiéndola tú otorgado el permiso, señalándole tu morada en el arrabal de San-Germain, se encaminase á la fonda de la Estrella. A esto la Marquesa te responde, suplicándote que escuches con moderacion las voces de un anciano, que puede declarar algo sobre el particular. Salid buen hombre, no temais,

21
yo me encargo de vuestro perdón.
(Se habrá dirigido el Caballero al segundo aposento de la derecha.)

ESCENA VI.

Dichos y Le-Mere, que sale precipitado y va á echarse á los piés del Marques.

Le-Mere. Señor, piedad. . . .

Marq. ¡Qué veo!.. ¡Tú, Le-Mere! ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes?.. ¿Donde has estado hasta ahora?.. Habla.

Le-Mere. Señor, piedad repito. Soy delincuente, lo confieso, merezco el mas severo castigo; pero reconozco mi culpa: y no me levantaré de vuestras plantas hasta que me hayais mirado con ojos de compasion.

Marq. ¡Levántate, infeliz! ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Le-Mere. Señor, seducido por el oro contribuí á vuestra desgracia, separándoos de la virtuosa Paulina. Señora, dejad que imprima mil besos sobre esta mano bienhechora, alivio de los infelices; yo la riego con lágrimas de arrepentimiento, y os juro sobre ella que practicaré hasta el último instante de mi vida aquella virtud que abandoné, y á la cual se debe la paz del alma y el sentimiento lisonjero de una conciencia irreprehensible.

Paul. Buen hombre, yo os perdono, pero informad al Marques de este terrible suceso.

Le-Mere al Marques. Sí, Señor, una persona respetable, que pronto conoceréis, me ofreció considerables

sumas si conseguia que Paulina al llegar á Paris, se encaminase á la fonda de la Estrella. Yo rendido ya al interes, salí de la ciudad el mismo dia de su llegada, que supe por vos; la dije que habiais tenido que pasar á Fontenebleau por ocho dias, y que yo mismo como criado vuestro, tenia orden de esperaros en la fonda de la Estrella, y no en la del arrabal de San-Ger-man que ya habiais abandonado. La Marquesa, que conocia mi carácter, y que estaba bien léjos de pensar que yo albergase en mi pecho un infame pasion, creyó fácilmente mis palabras: variamos el camino, para no ser sorprendidos por vos, en caso que hubieseis salido á recibirla: y la Marquesa se halló en la fonda de la Estrella, esperando vuestro fingido retorno.

Cab. Aquí sucedieron aquellas puerilidades que tanto te irritaron: Paulina, efectivamente halló dentro de un armario á la misteriosa Leocadia; un papel de su incógnita madre le suplicaba su adopcion, Paulina la aceptó; pero esto, para que tú lo creas, debe ser autorizado con muy irrefragables pruebas: pues del contrario no lograríamos desvanecer esa duda, causa de vuestra separacion. (*A Leocadia.*) Ven á mis brazos, fruto infeliz de una union culpable, tú conocerás los respetables mortales que te han dado el ser; y conociéndolos, no te separarás de aquella honrada muger, á quien debes la existencia. Marques, tu agitacion es muy na-

tural, te compadezco, pero tú eres el autor de tantos males. Sufre un momento, por lo que has hecho sufrir á tu desventurada Esposa....

Marq. Yo....

Caballero con mucha fuerza. Tú; sí. Acuérdate de tus delirios. La misteriosa Leocadia, esta niña inocente, que suponias hija del Duque de Rosmond y de Paulina.... estremécete, .. es hija tuya.

Paulina se habrá levantado de la silla con admiracion. Leocadia se habrá echado á los piés del Marques, y este con sobresalto y convulsion la mira indeciso, sin hacer expresion alguna de ternura.

Marques. ¡Mi hija!... } los tres
Paulina. ¡Su hija!.... } á un tiempo.
Leocadia. ¡Mi padre!... }

ESCENA VII.

(*Durante el silencio, hijo de la admiracion, sale la Condesa del aposento de San-Meran, es decir del segundo de la derecha, su vestido será negro y traerá el rostro cubierto con un velo blanco, se adelanta gravemente, y cuando está en lugar proporcionado dice.*)

Cond. Sí; ya ha llegado el tiempo de justificar la inocencia. Me es imposible hacerlo, sin descubrir dos extravíos. Yo sabré espiar el uno, y la felicidad de la virtuosa Paulina reparará el otro. Sabedlo, todos. El padre de Leocadia es el Marques de Ernevillle, su madre... La Condesa de Rosmond. (*A estas últimas pala-*

bras se quita el velo, el Marques se cubre el rostro, y se arroja en una silla, Leocadia corre á la Condesa, diciendo.

Leoc. Madre... madre mia...

*Cond. Si ven á mis brazos; págue-
mos ambas el tributo á la natura-
leza, mezclando las lágrimas de tu
ternura con las de mi arrepentimien-
to. ¡Perdon, perdon! ¡Oh admir-
able y prodigiosa muger!... (A
Paulina.) Yo he sido la que por
un acto de venganza, sembré la
discordia en el seno de vuestra fa-
milia... Oidme, oidme todos, y que-
den para siempre desvanecidas es-
tas dudas, que á todos os tienen
suspensos. Le-Mere, este antiguo
criado vuestro, es hijo de Paris, y
por desgracia su hermana Carlota
fué mi ama de leche. Esta se gran-
geó la confianza de mi tia, la Du-
quesa de Rosmond, bajo cuya cus-
todia vivia yo entónces; y asi cua-
si todas las semanas se me concedia
una hora para visitarla: uno de
esos dias infelices encontré en ca-
sa de Carlota al Sr. Marques de
Erneville, que seguramente se ha-
llaria allí por algun asunto de su
criado. La dulzura y espresion de
su fisonomía, y mil gracias esparci-
das sobre su persona, cautivaron
desde entónces mi corazon: y el
Marques por su parte me miraba
con tan tierno interes, que ya no
podía dudar de la conquista que
acababan de hacer mis ojos. ¿Quién
habia de presumir entónces que el
lazo indisoluble le uniese á otra
muger tan virtuosa y amable? Fal-*

so el Marques, y lleno de ideas
nada propias de su estado, apénas
hube salido de la casa de Carlota
se informó de mi clase y estado;
pero Carlota penetrando tal vez
sus pérfidas ideas, solo le dijo que
me llamababa Camila; en efecto
así me llamo. Encareció entónces
mi hermosura, derramó el oro, y
á fuerza de porfias alcanzó de aqu-
lla desgraciada gente que se le avi-
sasen los dias que yo deberia vol-
ver, y que se le diese en mi pre-
sencia, el nombre de Enrique de
Elvas, jóven soltero natural de Bor-
goña. Cumpliéronlo aquellos infe-
lices, y de esta sueste me arrastra-
ron al precipicio en que me veo.
El trato frecuente, la ocasion.. todo
se reunió para perderme, y un ins-
tante desgraciado me hizo madre...
Permitid que mis lágrimas ahoguen
mis palabras... Paulina está pre-
sente y el fingido Enrique devo-
rado de un profundo remordimien-
to, lo escucha y tiembla... Por fin
abrí los ojos demasiado tarde;.. su-
pe quien era mi seductor, le llené
de maldiciones, y ocultándole el
estado en que me habia puesto su
delito, formé el bárbaro proyecto
de vengarme en él y en su inocen-
te familia. Hice á Le-Mere y á su
hermaua de mi parte, escribí va-
rias cartas al Marques, siempre ba-
jo el nombre de Camila Dercy, pri-
ma de San-Meran, ya que por
fortuna y por efecto de respeto á
mi ilustre familia, Carlota no le
descubrió mi verdadero estado.
Paulina vino á Paris; todo lo su-

pe; hice que se dirigiese á la fonda de la Estrella; y por medio de una idea romancesca, logré colocar en la casa del Marques, á la hija de su dueño y de mi extravío. ¡ Cuánto me complacia al haber sembrado por este medio su infelicidad! El bárbaro placer de la venganza ahogaba en mi corazón los gritos de la naturaleza que clamaban á favor de Paulina; pero San-Meran, (de cuya esposa me valí, para favorecerme en mi desgracia) me presentó todo el horror de un enlace de dos hermanos y me obligó á hablar. Dos casualidades se reunieron para esta ficción: la primera el haber intentado mi hermano seducir á Paulina durante la ausencia del Marques, la segunda el haber muerto cuatro años hace Camila Dercy, prima de San-Meran, cuyo nombre usurpé, de suerte que el Marques, juzgándome en la sepultura, estaba bien léjos de creer que habia ofendido á la hermana de su rival. Ved aquí, pues, como la profunda sensibilidad puede hacer cometer un crimen, así como puede inspirar una acción heroica. Adoré la virtud, pero fué necesario un delito para conocer toda su belleza. Perdí la inocencia. ¿ Y qué corazón nacido para ella puede consolarse de haberla olvidado, aunque no sea, mas que un solo instante? Sí; de un solo instante fué el delito, pero eterno será el dolor y el arrepentimiento.

Marq. (*Echándose á los piés de Paulina con voz ahogada.*) ¡ Oh muger incomparable! yo debo pasar mi vida á tus piés, tú debes rechazarme léjos de tí... ya no me queda mas recurso que la desesperacion y la muerte.

Paul. Levanta, levanta, querido Alberto, á mis brazos. Si estás satisfecho de mi conducta, yo soy la mas dichosa del universo.

Leoc. á Paulina. Querida mamá, mi corazón de aquí en adelante divido entre dos objetos tan apreciables, ofreceré votos al cielo, para la felicidad de entrambas. Por la terneza que os he merecido, y por las lágrimas que derramo, dignaos perdonar generosamente á la Condesa de Rosmond, mi respetable madre.

Paul. Si es verdad que el arrepentimiento

borra hasta la menor sombra de delito, yo solo veo en la Condesa de Rosmond mi generosa libertadora. Abrazadme, y olvidemos enteramente lo pasado.

(*Abrázanse las dos.*)

Cond. Ya he logrado mi desigño: he restablecido la paz en el seno de esta virtuosa familia, he confundido la malicia de los envidiosos; ahora solo me queda merecer el perdón universal. Mañana sin falta alguna, parto á sepultarme para siempre en el claustro de Dijon. (*Todos se admiran.*) No, no hay que replicarme. Lo he resuelto, y es preciso. (*Con mucha ternura, abrazando á Leocadia*) A Dios, tierno pedazo de mi corazón: procura seguir siempre las pisadas de tu virtuosa mamá. (*Señalando á Paulina.*) Ella es quien te ha dado el ser, plantando en tu alma inocente las primeras semillas de la virtud. (*A Paulina.*) Y vos, ¡ ó admirable y prodigiosa muger! permitid que regando vuestras plantas, os confie de nuevo este precioso depósito que por tantos títulos debe interesaros: abrazadme y conservad siempre la memoria de la infeliz Condesa de Rosmond. Virtuoso San-Meran, vos que me habeis inspirado este proyecto, presentándome todo el horror del enlace de Mauricio con Leocadia, á Dios para siempre... y vos... señor Marques de Erneville... (*Con los ojos fijos en el suelo.*) que veo oprimido por el mas cruel remordimiento... yo os perdono de todo mi corazón.. solamente os suplico que si quereis obligarme... pidais continuamente perdón á Paulina... del agravio que la hicimos... Basta... no puedo mas... las lágrimas me impiden la respiración... A Dios. (*Abrazando á Leocadia.*) A Dios. (*Abrazando á Paulina.*) (*Da algunos pasos, vuelve á mirar á Leocadia y corre á abrazarla de nuevo.*) A Dios.

(*Vase por el foro.*)

Marq. Seguidla... detenida.

Cab. Yo os lo prohibo; el cielo volvió por la inocencia, y ya nada os queda que desear.

Marq. ¡ Paulina!

Paul. ¡ Querido Alberto!.....

(*Abrázanse, y cae el telon.*)